

## Al abrir los ojos

*Belén* (yendo á besar á *Fernanda*).—*Fernandita*!... Buen susto nos has dado. ¿Pero qué ha sido eso? Hasta anoche no hemos sabido una palabra de que estuvieras mala... ¿Cómo no avisaste? Gracias á Dios, te veo levantada y con buena cara.

*Fernanda*.—No puede ser buena. *Belén*.—Un poco paliducha, pero claro... si han dicho que has estado á la muerte.

*Fernanda*.—A la muerte. *Belén*.—¿Buen tesoro quería llevarse! Pues que se fastidie; has podido más que ella. Pero dime, ¿qué has tenido?

*Fernanda*.—Te aseguro que no lo sé. *Belén*.—¿Qué dijo el médico?

*Fernanda*.—Tampoco lo sabe. *Belén*.—¿Está bueno! Pues sí el médico no lo sabe...

*Fernanda*.—Acaso sea un bien; cuando ignoran las enfermedades, recetan menos. Lo cierto es que me moría.

*Belén*.—Si está muriéndose medio Manolito del Olmo. ¡El pobre, á los veintisiete años!

*Fernanda*.—¿Pero ha muerto Manolito?

*Belén*.—Sí, hija, sí... ¿Qué lástima!

Con un porvenir brillante...

¡Un hombre menos!

Te digo que la muerte nos lleva la contraria á las solteras.

*Fernanda*.—¿De qué ha muerto Manolito?

*Belén*.—De la enfermedad en moda: neurosis. Estos jóvenes de hoy viven tan de prisa...

Pero eso sí, el pobre Manolito, siempre tan elegante, tan correto, ha muerto á la última moda.

*Fernanda*.—¿Mujer! ¿Mojá hasta en la muerte!

*Belén*.—Claro que sí. Hay muertes de muy buen gusto...

Mira, yo no comprendo que un muchacho fino, simpático, se muera de una enteritis, por ejemplo.

*Fernanda*.—Me haces gracia.

*Belén*.—Es una enfermedad muy ordinaria.

*Fernanda* (riendo).—Vamos á ver: ¿cómo quisieras tú morirte?

*Belén*.—¿Yo? ¿Casada!

*Fernanda* (se ríe).—Mujer, digo de qué mal.

*Belén*.—De mal de amores, que ya me tiene gravísima.

*Fernanda*.—¿Tus cosas!

*Belén*.—Pero si sigue la muerte llevaré á los muchachos de Madrid, me moriré de otra cosa: de aburrimiento.

*Fernanda*.—¿Ah! ¿sabes de Esperanza?

*Belén*.—¿Está ya bien?

*Fernanda*.—Tan campante. En la Castellana la tienes á todas horas.

*Fernanda*.—Pues también esa ha visto las orejas al lobo.

*Belén*.—Ca, si no fué nada.

*Fernanda*.—Si decían que se moría...

*Belén*.—¿Como no fuera de envidia! Ya me ha copiado tres vestidos.

*Fernanda*.—Y yo que no te he dicho nada... Este es precioso.

*Belén* (se levanta y se ofrece á la inspección de la amiga).—¿Te gusta?

*Fernanda*.—Mucho. Es elegantísimo.

*Belén*.—Sí, es bonito, pero ¿para que

me sirva? Para adornar esta figura que nadie quiere.

*Fernanda* (sonriendo).—Ya te llegará la hora.

*Belén*.—Sí, me llegará la hora... pero parece que se han parado todos los relojes.

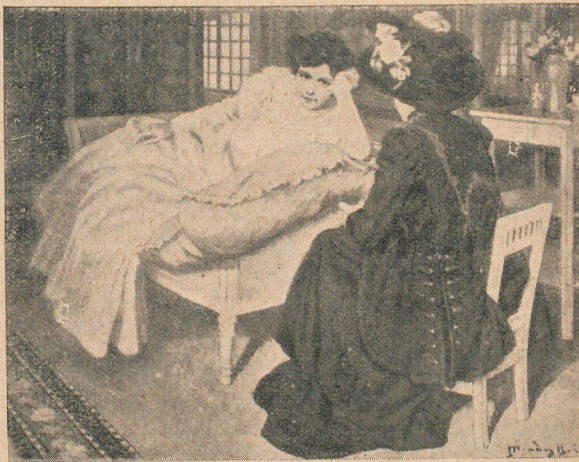
*Fernanda*.—Pues te llegará, no lo dudes. Podrá tardar, pero llega. A mí... ya me lleo.

*Belén*.—¿Eh? ¿Qué me cuentas? ¿Qué secretitos son esos? ¿Cuándo se ha presentado ese caballero? porque tú has estado enferma una semana, y...

*Fernanda*.—Se ha presentado precisamente cuando estaba enferma. Y en forma de pesadilla.

*Belén* (desencantada).—¿Ah, vamos! En esa forma he tenido varios novios, me he casado y hasta me he quedado viuda. ¡Valientes partidos!

*Fernanda* (riendo).—Mira que ha sido do ocurrencia! Me dió la fiebre, treinta y



nueve grados nada menos, por tener novio.

*Belén*.—Abunda mucho esa fiebre. (Alargándole la mano). Verás... tómate el pulso.

*Fernanda*.—Pero no sabes lo mejor: (Confidencia). Que la pesadilla se convirtió en realidad.

*Belén*.—¿Ah!, ¿sí? Cuenta, cuenta... Ya me interesa tu pesadilla.

*Fernanda*.—Como te digo, la fiebre hizo que me saliera un novio... uno de esos novios que vemos en sueños... guapo, galán, príncipesco y leal y enamorado hasta la muerte.

*Belén*.—¿No caen esas brevas! Sigue. *Fernanda*.—Como es natural en esta clase de delirios, se me apareció en un jardín. Me miró... le miré. Se sonrió... me sonreí. Me ofreció una rosa... la acepté. Luego me ofreció su brazo y también lo acepté. Conforme íbamos paseando, y en una noche de luna hermosísima, él me hablaba de amor y yo le escuchaba complacida. Hasta aquí todo iba muy bien; pero se me ocurre exigirle juramento de fidelidad eterna, y él entonces, con cierta voz solemne y emocionada, me dijo: "Lo juro... por estas flores que nos ven, tan cierta será mi felicidad como que estas flores nos perfuman..." Hija, me lo creí; las mujeres todo nos lo creamos. ¡Ay!, y al abrir los ojos... Al abrir los ojos busqué con la mirada las flores y con el olfato su perfume... Y ni en mi alcoba